

Dossier

Jinetes del aire: antología de la poesía contemporánea de Latinoamérica y el Caribe

En memoria de Antonio Cisneros y Lêdo Ivo

Iván Oñate

Universidad Central del Ecuador

El poeta mexicano Margarito Cuéllar, autor de esta extraordinaria *Antología de la poesía contemporánea de Latinoamérica y el Caribe: Jinetes del aire*, cuenta que "todo empezó en la mitad del mundo, en el paralelo 0: Ecuador. Para ser más precisos en Quito, en abril de 2003, con la complicidad de Iván Oñate, en la Universidad Central de Ecuador."[1] Todo hace pensar que este relámpago de inspiración recibido nada menos que en nuestra alma máter, sería motivo suficiente para incluir este breve dossier de poesía latinoamericana y del Caribe en este volumen de Anales realizado bajo mi dirección. Sin embargo, hay más. Nuestra Universidad fue la coeditora de esa obra de 450 páginas en papel, conjuntamente con la Universidad Autónoma de Nuevo León (Monterrey-México) y Ril Editores de Chile.

Además, como si fuera poco mérito reunir a las principales voces poéticas contemporáneas de América Latina y el Caribe, esta antología viene con un prólogo introductorio del académico peruano Julio Ortega de quien Octavio Paz alguna vez dijo: "Ortega practica el mejor rigor crítico: el rigor generoso." Ortega, aparte de ser profesor invitado en universidades como Harvard, Yale, Brown, Austin Texas, New York, Salamanca, etc, ha estudiado y entrevistado a grandes figuras de nuestras letras como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Bryce Echanique y tantos otros. A Julio Ortega tuve la oportunidad de conocerlo, precisamente en Monterrey, cuando presentaba una obra sobre García Márquez. Lo conocí junto al desaparecido poeta venezolano Eugenio Montejo y a la crítica inglesa Jean Franco, Profesora Emérita de Columbia University y que según el novelista argentino Tomás Eloy Martínez: "Supo que Borges iba a ser Borges antes que él mismo, creo. Hace cuarenta años descubrió la nueva novela latinoamericana cuando sólo se interesaban en ella los especialistas en naturalismo y regionalismo."[2]

Alguna tradición sostiene que toda coincidencia, no es más que el resultado de dos necesidades que se encuentran a mitad del camino. En esta madrugada, mientras escribía el nombre de Jean Franco, vino a mi memoria la imagen del poeta peruano Antonio Cisneros hace pocas semanas fallecido. Fue aquí, en el 2008, a pocos metros de este escritorio, en la cocina de mi casa,

1 Margarito Cuéllar, *Jinetes del aire*, Chile, Ril editores, 2011.

2 Tomás Eloy Martínez, *El cantor de tango*, Argentina, Planeta, 2004.

donde Jean Franco, tocándose la cabeza con las dos manos evocaba la figura de un joven Cisneros en Nueva York: "alto, buen mozo, con el pelo negrísimo". Hace un año, en el mes de octubre del 2011, estuve con Antonio Cisneros en Guadalajara (México). Habíamos sido invitados por motivo de los Juegos Panamericanos junto a Piedad Bonnet y Juan Manuel Roca. Al finalizar la cena de despedida, con Antonio nos dirigimos al auto del joven narrador mexicano Godofredo Olivares. Un deportivo descapotable que yo había ponderado todos esos días, pues Godofredo había sido designado como mi guía y acompañante por el comité organizador.

—Voy con Oñate —anunció Antonio Cisneros, al despedirse del resto de invitados a la cena—. Ha hablado tanto del auto de Godofredo, que quiero probarlo personalmente.

Mientras cruzábamos la calle en dirección al auto, desde la vereda del restaurante, como amigos adolescentes del barrio, nos miraban Hugo Gutiérrez Vega, Piedad Bonnet, Carmen Villoro, Juan Manuel Roca, Jorge Souza Jaufred, Zelene Bueno y otros queridos amigos escritores de Jalisco.

—¡Ahí van los play boys! —gritó Piedad Bonnet, con sus manos en bocina.

—Iván, cuidado mueras como Isadora Duncan —bromeó Juan Manuel Roca.

Cuando llegamos al auto, me acomodé en ese pequeño asiento trasero, casi invisible que tienen los coches deportivos. Godofredo tomó el volante y Antonio se sentó a su lado. De repente, en medio del piloto y copiloto, vislumbré una escena de mi película favorita que la había visto en mi adolescencia desde la galería del Teatro Lalama de Ambato: *Il Sorpasso* con Vittorio Gassman y Jean-Louis Trintignant. Godofredo daba perfectamente para el papel de Trintignant y Antonio, por su porte, por su cabello negro y enrulado como lo recordaba Jean Franco y que ahora estaba completamente blanco, daba perfecto. Nadie como él encajaba, impecablemente, en el papel de Vittorio Gassman.

De pronto, con el rostro iluminado por el relámpago de una revelación, Antonio se volteó a mirarme y me preguntó:

—Iván, ¿no te parece que estamos viviendo una escena de *Il Sorpasso*?

No respondí. No quería despertar de ese milagro que me brindaba la sagrada poesía. Por fin vivía mi película y la vivía como siempre la había soñado: desde el ojo despierto de una cámara cinematográfica.

Cuando arrancó el auto deportivo, desde la vereda nos hicieron adiós los amigos con sus brazos en alto. Ciertamente que decir simplemente "amigos" suena muy abstracto y genérico. En ese grupo estaba, como he dicho, Hugo Gutiérrez Vega: poeta, diplomático, director de *La Jornada Semanal*, uno de los periódicos más importantes de México, estaba Carmen Villoro: hermana de ese estupendo narrador que es Juan Villoro y ella misma, autora de un poema inigualable e inalcanzable sobre el beso. Estaba la famosa Piedad Bonnet y el internacional Juan Manuel Roca. Estaba Jorge Souza Jaufred, director del evento y también estaba la guapísima poeta Zelene Bueno.

Desde luego, en ese momento, nadie podía sospechar que exactamente un año después, el 6 de octubre del 2012 a las 5 y 30 de la mañana, fallecería Antonio Cisneros, en su Lima natal. Pero ahora, en esta madrugada del día siguiente, pues ya es el amanecer de otro día, se me ocurre pensar que la vida sí lo sabía. Que ese jolgorio adolescente que nos cubrió a todos cuando nos despedíamos desde el auto deportivo, era la manera más perfecta de decir adiós a un poeta como Antonio Cisneros. Un poeta que en un encuentro anterior, cuando cumplió los 65 años, me confió que estaba feliz de pertenecer a la tercera edad, pues ahora pagaba la mitad de la entrada en el teatro y en el cine.

Por eso, estoy convencido que en esta oportunidad, la feliz coincidencia ha venido a decirme que no podía haber mejor marco para celebrar la memoria de Antonio que esta *Antología de Poesía Latinoamericana y del Caribe*.

El poeta inmortal Lêdo Ivo

No terminaba de cerrar este sencillo pero afectuoso homenaje al poeta peruano Antonio Cisneros, cuando leí la noticia en el diario *El País* de España: "El poeta y periodista Lêdo Ivo (Maceió, Brasil, 1924), uno de los últimos supervivientes de la generación brasileña del 45, falleció en la madrugada de ayer tras sufrir un infarto en Sevilla que no dejó margen de maniobra a sus familiares.

Compañero de filas de otros nombres inmortales de las letras brasileñas, como Clarice Lispector, Guimarães Rosa, João Cabral de Melo Neto, Nelson Rodrigues o el reverenciado poeta Ferreira Gullar, Lêdo Ivo consagró su obra a retratar la vida cotidiana contemporánea y a escudriñar en la condición humana".

Al gran poeta Lêdo Ivo lo conocí en República Dominicana, tuve la fortuna de leer con él en el Teatro Nacional de Santo Domingo. Sobre este evento tengo una anécdota muy simpática. El Teatro Nacional estaba abarrotado de jóvenes. Cuando terminamos nuestra lectura, de pronto, con Lêdo Ivo vimos

que la gente se arremolinaba en torno de alguien, dándonos despreocupadamente las espaldas. A los minutos entendimos que se trataba de una guapa joven poeta mexicana, María Baranda, a quien los muchachos pedían autógrafos.

Como si nos guiara la voz de un director cinematográfico, los dos, tanto el Maestro Lêdo Ivo como yo, después de observar aquella euforia, lentamente giramos nuestras cabezas hasta encontrarnos nuestras caras y sonreímos. Lêdo me tomó de un brazo y, mientras bajábamos del escenario del Teatro Nacional de República Dominicana, totalmente ignorados por los muchachos, Lêdo, con una voz y una sonrisa irónica que solamente pueden otorgar los años, me dijo:

—Iván, a nosotros sólo nos queda, ir a buscar algo de comer.

Cuando lo dijo, recordé aquel poema suyo "Los murciélagos", cuando habla de los jóvenes, de los hijos, de nosotros mismos cuando lo fuimos. Era la misma sabiduría, la misma intención, el mismo final.

El año pasado, lo volví a encontrar en la Feria del Libro de Bogotá, también leímos junto a Rafael Cadenas de Venezuela, a Max Rojas de México y los colombianos Juan Manuel Roca y Piedad Bonnet. Un hombre con una sencillez y humildad que solamente merecen los grandes, los inmortales como lo declaró la Academia de Letras del Brasil.


POESIA COMPLETA
(1940-2004)
Ao poeta
Iván Oñate,
esta lembrança muito amig.
do seu companheiro de viagem
Ulê du Sul
2007

Poema de Lêdo Ivo

Los Murciélagos

Los murciélagos se esconden tras las cornisas
del almacén. ¿Pero dónde se esconden los hombres,
que vuelan la vida entera en la oscuridad,
chocando contra las paredes blancas del amor?

La casa de nuestro padre estaba llena de murciélagos
colgados, como luminarias, de las viejas vigas
que apuntalaban el tejado amenazado por las lluvias.
"Estos hijos nos chupan la sangre", suspiraba mi padre.

¿Qué hombre tirará la primera piedra a ese mamífero
que, como él, se nutre de la sangre de los otros animales
(¡hermano mío! ¡hermano mío!) y, comunitario, exige
el sudor de su semejante aun en la oscuridad?

En el halo de un seno joven como la noche
se esconde el hombre; en el algodón de su almohada, en la luz del farol
el hombre guarda las doradas monedas de su amor.
Pero el murciélago, durmiendo como un péndulo,
sólo guarda el día ofendido.
Al morir, nuestro padre nos dejó (a mis ocho hermanos y a mí)
su casa donde de noche llovía por las tejas rotas.
Pagamos la hipoteca y conservamos los murciélagos.
Y entre nuestras paredes se debaten: ciegos como nosotros.

Traducción de Maricela Terán



Poemas de Antonio Cisneros

Oración

Qué duro es, Padre mío, escribir del lado de
los vientos,
tan presto como estoy a maldecir y ronco
por el canto.
Cómo hablar del amor, de las colinas
blandas de tu reino,
si habito como un gato en una estaca
rodeado por las aguas.
Cómo decirle pelo al pelo
diente al diente
rabo al rabo
y no nombrar la rata.

(De *El libro de Dios y de los húngaros*)

El Paisaje

Aquí el paisaje es, por lo general, una gran
extensión de hierba mala y
algunos matorrales de chícharos salvajes.
Los húmedos cantiles que otean
sobre el agua son de roca calcárea. Suelo
seguro contra los terremotos
(grado siete en escala de Richter) del
Pacífico Sur. Siguiendo el litoral, hacia
las playas frías, hay un par de balnearios del
siglo XIX hundidos en el mar. Ahí
la consistencia de los acantilados es de
tierra salobre y de cascajo. Aunque
lo que distingue este paisaje, sobre todo, es
la niebla furiosa que sube desde
el fondo del océano. Todas las luces del
malecón y el reflector de la guardia
costera no bastan para alumbrar el cielo. Es
la niebla más densa del planeta.
Mojada y negra como un ojo de perro. A
veces se revuelve entre mi casa.
Se cuela en las rendijas más sagradas, sin el
menor empacho. En ese mismo
instante, trepo raudo al altillo, abrazo
sigiloso a mi mujer, envuelvo a mis dos
hijas con ramas de eucalipto y las oculto en
una madriguera.

(De *Un crucero a las Islas Galápagos)*

Por la noche los gatos o mis ocho vecinos pensionados de guerra (cagnes sur mer)

Todos los gatos de la región son un
ruido en el techo,
igual que el de los reos fondeados entre
bolsas en un hueco del río
—ritos de amor, ritos de combate—
hasta que se descuelgan ya muertos o
cansados para asediar mi casa,
se revuelven
como tribus de arañas en el fondo del
agua, me reclaman
un lugar en el lecho y de comer según
los usos del último tratado
—alianza concertada con el viejo que dio
nombre a los gatos—,
sembró las margaritas, los geranios
(donde orino cuando estoy apurado),
comió sobre esta mesa
durmió sobre esta cama
murió sobre esta cama
como un sapo.
Las moscas de mi mesa son las mismas
que engordan en la mesa
de mis ocho vecinos pensionados de
guerra,
son de vuelo pesado y paso torpe,
mansas para la muerte, son el día.
Por la noche los gatos.
Allá vuelven.
Cierro la puerta con dos vueltas de llave,
toco madera.

Tercer movimiento (affettuosso)

Para hacer el amor
debe evitarse un sol muy fuerte sobre los
ojos de la muchacha,
tampoco es buena la sombra si el lomo del
amante se achicharra,
para hacer el amor.
Los pastos húmedos son mejores que los
pastos amarillos
pero la arena gruesa es mejor todavía.
Ni junto a las colinas porque el suelo es
rocoso ni cerca de las aguas.
Poco reino es la cama para este buen amor.
Limpios los cuerpos han de ser como una
gran pradera:
que ningún valle o monte quede oculto y los
amantes
podrán holgarse en todos sus caminos.
La oscuridad no guarda el buen amor.
El cielo debe ser azul y muy amable, limpio y
redondo como un techo
y entonces
la muchacha no verá el Dedo de Dios.
Los cuerpos discretos pero nunca en
reposo,
los pulmones abiertos,
las frases cortas.
Es difícil hacer el amor pero se aprende.

(De *Por la noche los gatos*)

Requiem (3)

A las inmensas preguntas celestes
no tengo más respuesta
que comentarios simples y sin gracia.
sobre las muchachas
que viven por mi casa
cerca del faro y el malecón Cisneros.
Y no pretendan ver
en la cháchara tonta esa humildad
de los antiguos griegos.
Ocurre apenas
que las inmensas preguntas celestes
sacan a flote
mi desencanto y mis aburrimientos.
Que a la larga
me tienen dando vueltas
como un zancudo al final de la tarde.
Haciendo tiempo,
mientras llega la hora de oficiar
mis pompas funerarias,
que no serán gran cosa
por supuesto.
En estos tiempos malos bastará
con una mula vieja
y un ánfora de palo
brillante y negra
como el lomo mojado de un delfín.
¡Ah las preguntas celestes!
Las inmensas.

Aniversario de bodas

Voy a lucir mi camisa azul marino
(casi negro) que compré
en un remate de Navidad y mis zapatos
de lona recién lavados.
Tú llevarás esa falda de cuero
que te traje de Chile,
una blusa de seda
y los labios pintados de rojo.
Tenemos que estar orgullosos
de nuestro matrimonio.
Como de los cubiertos
que guardamos en el armario verde
de la cocina.
3 cuchillos para comer pescado,
7 tenedores para carne,
5 cucharas soperas,
14 cucharitas de café
sin contar las de Iberia
y American Airlines. También podemos
(ya que estamos en verano)
considerar al sol
como una pertenencia. Su luz
contra los muros
del patio principal
y las hojas de vid.
Aunque sobre todo
debemos alabar las luces de tu pelo
amarrado hacia atrás y recogido
con una cinta azul.
Ahora el mar se bambolea
en una ventana de la sala.
También nos pertenece.
Esta noche ordenaremos
nuestra ropa de fiesta
Con sumo cuidado y dignidad.
Esa falda de cuero
que yo traje de Chile
y la blusa de seda
y mi camisa azul.
Nos cubriremos apenas
con unas túnicas de algodón sin cardar
como los japoneses
en las noches más rojas del verano.

(De *Las inmensas preguntas celestes)*

Y van a decir que canto

Y van a decir que canto
desde la vanidad (o la ignorancia).
Ya no me importa, ratas,
lo que digan (aunque duela)
ahora que he perdido el respeto
de mis hijos, mi jardín,
mis animales (el perrito y la calandria)
por ocultar mis gracias de la envidia.
Ahora que corté mi cabello, cubrí
mis piernas de cobre con ceniza.
Les voy a recordar que yo medía
diez centímetros más que mis iguales,
y era sabia y bella y bondadosa.
Y a pesar de estos vestidos
baratos y sintéticos
(que casi nunca lavo) les recuerdo
mis bellos camisones
de algodón ovillado, mis sedas
que guardo entre frazadas
repletas de alcanfor, para la pena,
el goce, el desperdicio
(y la envidia otra vez).

(De *Monólogo de la casta Susana y otros poemas)*


Que todos los
placeres
y demás te lleven
de sonrisas el
corazón y la boca
Feliz de encontrarte
otra vez
Junio/06 63

Poemas de Gioconda Belli

(Nicaragua, 1948)

En los buenos días...

En los días buenos,
de lluvia,
los días en que nos quisimos
totalmente
en que nos fuimos abriendo
el uno al otro
como cuevas secretas;
en esos días, amor,
mi cuerpo como tinaja
recogió toda el agua tierna
que derramaste sobre mí
y ahora
en estos días secos
en que tu ausencia duele
y agrieta la piel,
el agua sale de mis ojos
llena de tu recuerdo
a refrescar la aridez de mi cuerpo
tan vacío y tan lleno de vos.

¿Qué sos Nicaragua?

¿Qué sos
sino un triangulito de tierra
perdido en la mitad del mundo?
¿Qué sos
sino un vuelo de pájaros
guardabarrancos
cenzontles
colibríes?
¿Qué sos
sino un ruido de ríos
llevándose las piedras pulidas y brillantes
dejando pisadas de agua por los montes?
¿Qué sos
sino pechos de mujer hechos de tierra,
lisos, puntudos y amenazantes?
¿Qué sos
sino cantar de hojas en árboles gigantes
verdes, enmarañados y llenos de palomas?
¿Qué sos
sino dolor y polvo y gritos en la tarde,
-gritos de mujeres, como de parto-?
¿Qué sos
sino puño crispado y bala en boca?
¿Qué sos, Nicaragua
para dolerme tanto?

Y dios me hizo mujer

Y Dios me hizo mujer,
de pelo largo,
ojos,
nariz y boca de mujer.
Con curvas
y pliegues
y suaves hondonadas
y me cavó por dentro,
me hizo un taller de seres humanos.
Tejió delicadamente mis nervios
y balanceó con cuidado
el número de mis hormonas.
Compuso mi sangre
y me inyectó en ella
para que irrigara
todo mi cuerpo;
nacieron así las ideas,
los sueños,
el instinto.
Todo lo que creó suavemente
a martillazos de soplidos
y taladrazos de amor,
las mil y una cosas que me hacen mujer
todos los días
por las que me levanto orgullosa
todas las mañanas
y bendigo mi sexo.

Permanencia de los jardines

a Carlos

En el enrevesado espeso matorral de mis floraciones
has laborado embriagado de almizcles.
No hay almácigo desperdiciado en este amor
donde a diario te desafío
a que encuentres el brote más reciente.
Nunca dije que sería un jardín de senderos bien delineados.
Me construí como un jardín tropical y húmedo
con especies imposible de clasificar
pues siempre quiso poner a prueba tus intenciones de jardinero
domador de plantas y exterminador de plagas.
Te he asaltado por los cuatro costados con enredaderas tumultuosas
Y huelenoches de belleza mortífera
Y he abierto hojas como alas de sueños
selváticos en los árboles plácidos
que sembraste alrededor de la casa.
En tu alcoba de macho cabrío introduje violetas africanas
y rodeé de jazmines indios los bordes de tus infranqueables ventanas
-esas que ahora el perfume traspasa con ruido de vidrios rotos-.
¡Qué bien has soportado, mi amante,
amadísimo, cuanta prueba te puse!
Y abrazo esta dulce, fogosa extensión que habitamos.
La defiendo con cercos de espinas,
instalo surtidores
para que no la marchite
ni la más cruel de las estaciones.

Sobre las ventajas de soñar

Soñar no cuesta nada.
Contrario a cuanto ejercicio hoy se nos recomienda,
no requiere de zapatos, ni ropa adecuada.
No nos pide sudar o quemar calorías.
Ni calcular el posible daño o provecho para nuestra salud.
No es tampoco un hábito
cuya repetición pueda conducirnos a cáncer de pulmón
o de cualquier otra parte del cuerpo.
Soñar no daña la ecología,
ni atenta contra la capa de ozono.
No aumenta el colesterol,
ni fomenta la crueldad contra los animales.
Soñar no afecta los reflejos,
ni causa daños congénitos.
No es dañino para las mujeres embarazadas,
ni inhibe la lactancia materna.
Soñar es un deporte barato.
No requiere de equipo sofisticado,
ni de constante y agotado entrenamiento.
No se puede decir, sin embargo,
que no cause riesgos al corazón.
Sin embargo, hasta el momento,
no se ha encontrado base científica para contraindicar los sueños,
aunque los argumentos a favor de su extinción
se fabrican a diario.
Yo sostengo que soñar continúa siendo una práctica
subversiva,
con una deliciosa, pero lícita, peligrosidad;
un hábito difícil de erradicar,
cuya ternura y perseverancia
sigue teniendo la innata capacidad de conmover
y abrir ranuras, por pequeñas que sean,
en corazas bien armadas y aparentemente impenetrables.
Si quiere practicar una actividad de bajo costo,
bajo riesgo, y sin ninguna susceptibilidad a las altas y bajas
del mercado,
le aconsejo soñar,
y no permitir que nadie lo convenza
de que no sigue usted siendo dueño, al menos,
del inmenso poder de su imaginación.

Writer´s block

Las palabras me evaden.
Corren. Huyen de mí.
Sentada frente al ordenador,
Impotente, miro la pantalla como si alguien compasivo
habitara dentro y pudiese ayudarme.
Por días he navegado ríos de imágenes e ideas sugerentes.
Pienso: ya la tengo. Ahora sí podré escribir
la obra que he esperado de mí.
Pero los dedos vacilan ante las teclas
y la melodía no surge. Agonizo embrocada sobre la tarde.
Hundo mi cabeza en libros sin poder leerlos.
Como bandadas de palomas asustadas se alzan las palabras cuando te acerco.
Sólo sus alas oigo. Sólo percibo la belleza que las habita.
Una que otra regresa. Se posa a mis pies.
Come alpiste de mi mano.
Las demás me miran amenazantes desde los aleros
o se convierten en hormigas.
Hormigas negras sobre el escritorio,
corriendo,
huyendo de mí.

Oscuridades del amor

Digo que nuestro amor
ha sido como un crucero de lujo
surcando acerados atlánticos.
Hemos recorrido sus cubiertas
y visto desde allí puestas de sol inolvidables
sobre bahías donde casas ocres y naranjas
absorbían la luz como cajas encantadas.
Como joven pareja enamorada
nos hemos deslizado por las pistas de baile
en las fiestas de gala.
Hemos cenado en la mesa del capitán
y tú has mantenido la conversación amena,
has hecho reír a los comensales
mientras yo, en silencio adorable, celebraba tus bromas
y reía sin cesar escuchando una y otra vez
las anécdotas, los mitos familiares.
En la suite matrimonial
hemos hecho el amor
como rito de confirmación de nuestra felicidad.
Las historias de nuestra travesía
han sido la envidia de las amistades menos afortunadas.
Hemos construido, con destreza de arañas
la tela de la leyenda
que ahora habitamos.
Esa misma iridiscente felicidad
que, en noches como ésta en que te desquiero,
sueña con mares oscuros
y tímpanos.